

AÑO XVII.—NÚM. 5265.

20 DE DICIEMBRE DE 1878.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Viernes 20 de Diciembre de 1878

PESCA DE LA SARDINA
CON PERROS.

Si, señor, con perros, y con perros mastines, lo mismo que fieras, hemos pescado nosotros sardinas, sin trabajo, sin redes, sin anzuelos, sin caña, sin ninguno de esos menesteres que necesitan los pescadores vulgares para apoderarse de los que habitan en el cristalino elemento.

Ya en el número 17 de nuestro periódico, correspondiente al día 20 de Junio último, nos ocupamos extensa y minuciosamente de la pesca de la sardina, elemento abundante y precioso para la alimentación pública, y origen de gran riqueza para las comarcas ribereñas del mar Mediterráneo. No es nuestro propósito, pues, describir la pesca en general, sino la pesca en particular y especialísima que hicimos, no hace muchos años, al visitar accidentalmente la tierra que sirvió de cuna al descubridor de la mitad del mundo.

Sabido es que los golfos de León y de Génova, en toda la extensión comprendida desde el Cabo de Greus hasta Liorna, son muy abundantes en sardinas, cuya pesca da motivo a alegres expediciones, en las que toman parte, quienes por necesidad, como sucede á los del oficio, quienes por recreo, como á nosotros nos acontecía.

Los genoveses son muy diestros en esto de aprovechar esas grandes manchas fosforescentes, que argenteando la superficie del mar, marcan las huellas de millares de sardinas que en legiones inmensas van cruzando las azules ondas del Mediterráneo. Por medio de rápidas é inteligentes maniobras cortan aquellos hombres la retirada á los batallones cerrados de clipeos que, sin darse cuenta de ello, se ven de repente envueltos en las espesas mallas de las redes que les arrojan por todas partes.

Una vez terminada la pesca, los genoveses, como buenos meridionales, no se ocupan más que de tenderse al sol sobre los puentes de sus barcos, y allí dormitando y balanceados poéticamente por los vaivenes del agua, esperan la hora de entrar de arribada al puerto para vender el producto de la pesquera.

Varias veces probamos abordarlos en nuestras embarcaciones de paseo con objeto de comprarles algunas sardinas frescas deliciosas para comer que no se conoce en los pueblos de tierra adentro, donde las llevan saladas ó en conserva.

—No tenemos nada, nos respon-

dian siempre con visible mal humor, en una jerga en que entraban por iguales partes el catalán, el italiano, y el francés.

Un día, al hacernos á la mar para dar el acostumbrado paseo de la mañana, vimos venir á Pierroto que era el patron del barco acompañado de dos enormes mastines que parecían fieras, y con unos hocicos y unos dientes capaces de poner miedo en el ánimo más sereno y esforzado.

¿Qué diablos vas á hacer con esos dos animales en medio del mar? le preguntamos admirados.

—Ya verán ustedes, respondió, como almorzamos hoy sardinas frescas.

Conociendo á fondo el carácter de Pierroto, que cuando tenía un proyecto no gustaba divulgarlo para evitar las objeciones que pudieran hacersele, guardamos silencio y nos dimos á la vela para cruzar la bahía, siguiendo los caprichos del viento.

Al cabo de una hora de marcha, y ya muy lejos del muelle, nos encontramos, al dar una bordada, entre dos barcos genoveses, que se habían puesto al paio en demanda de un poco de brisa que los empujase hacia la costa, para no tomarse el trabajo de echar mano al remo.

—¿Quieren ustedes sardinas? dijo entonces el patron, atacando bien la pipa de tabaco.

—¡Pues no hemos de querer! exclamamos todos á una voz; pero esa gente te contestará con su eterno: «niente afatto» y saltaremos en tierra como todos los días.

Pierroto, por única respuesta empezó á remar vigorosamente, hasta que atracamos á una barca genovesa donde reinaba el más absoluto silencio.

—¡Ohé del barco! gritó Pierroto. Nadie le contestó.

¡Ah de la gente! gritó con más fuerza.

Una cabeza cubierta de un gorro colorado muy sucio apareció encima de la borda.

¿Tienen ustedes sardinas que vender?

«Niente afatto» respondió una voz; y la cabeza y el gorro encarnado desaparecieron debajo de la vela dispuesta á manera de toldo.

—«Niente res?» repitió el patron en tono de burla, «anem á rite» y amarrando el barco al costado del genovés, sacó de la caja tres escopetas, silbó á los perros de una manera particular, y de un brinco saltamos todos al abordaje. Los perros, enardecidos, y al verse entre hombres de mala facha y que les eran desconocidos, empezaron á ladrar con tal furia, que la tripulación se despertó en medio del mayor sobresalto. Dos de los muchachos se subieron, como monos, á los palos, mientras

los cinco hombres restantes, sin saber donde meterse, tomaron el partido de acariciar á los perros, prodigándoles los nombres más dulces y afectuosos.

—¡Oh lá, lá! decían; ¡qué bello canel! ¡qué pulito figlio mio!

—Pero en qué quedamos, les decía Pierroto, ¿tienen ustedes sardinas, sí ó no?

—Si, si, e molte avem; ma guarda i cani, ¡per Dio santissimo!

Hízose á escape el contrato en medio de la infernal barandia que producían los ladridos de los perros: dos arrobas de sardinas pasaron como por encanto, á nuestra embarcación, volviendo á bordo después de apaciguar á los perros, no sin gran trabajo. Cuando estuvimos á cierta distancia de los genoveses, prorumpieron estos en invectivas y juramentos que se confundían con las risotadas de Pierroto, completamente feliz por el éxito de su estratagemas.

Ya sabéis, pues, cual es el medio más cómodo de pescar la sardina, en el golfo de Génova, descubrimiento que explotamos á las mil maravillas cuando ya empezábamos á desesperar y á creer que las sardinas no navegaban más que en mares de aceite, y que no podían encontrarse más que en esas cajas pequeñas de lata que adornan los escaparates de las tiendas de ultramarinos.

C. T.

(Ilustracion Venatoria.)

MISCELANEA.

LAS TERTULIAS ANTIGUAS

EN RUSIA.

Cuando Catalina Alexiowna, viuda de Pedro el Grande, ocupó el trono de Rusia, se hallaban las mujeres de este país reducidas al estado de la más completa esclavitud.

La emperatriz se propuso desde luego ponerlas en una situación análoga á la que tienen las de las demás naciones de Europa, é introducir entre ellas el uso de las tertulias y reuniones.

Principió obligándolas á adoptar las modas inglesas; el tafetan y el raso reemplazaron á las telas ordinarias é incómodas con que solían vestirse, las cofias y los encajes sucieron á los gorros de pieles.

Las mujeres rusas dejaron de vivir aisladas en el fondo de sus casas y recibieron visitas y se reunieron en tertulia.

Bien conoció la emperatriz que sería imposible hacer adoptar de repente maneras y formas que sólo dá el trato de gentes á unas mujeres que no tenían la más mínima idea de ello; y por lo mismo creyó deber in-

tervenir y publicar con tal objeto un reglamento cuyas principales disposiciones ponemos á continuación, y son en realidad una de las noticias más curiosas que pueden hallarse acerca del estado de la civilización de Rusia á principios del siglo pasado:

«Artículo 1.º Cualquiera mujer que quiera tener reunion en su casa, lo avisará de antemano á las personas de uno y otro sexo que le parezca, ya sea por medio de billetes ó de otro modo.

2.º La reunion no podrá principiar hasta las cuatro de la tarde y concluirá á las diez.

3.º No tendrá obligacion el amo de la casa de salir á recibir á los convidados cuando vengan, ni á despedirlos cuando se vayan; pero tendrá cuidado de que haya en el salon sillones, luces, liquores y otras cosas que puedan necesitar los concurrentes. Tambien proporcionará barajas y dados, y todo lo necesario para jugar.

4.º Ninguno de los concurrentes estará obligado á permanecer en la reunion un tiempo fijo, pudiendo cada cual retirarse á la hora que le parezca.

5.º Podrán sentarse, pasearse ó jugar, segun les parezca, sin ser incomodados por nadie, bajo la pena de tener que beber el «águila grande» (una gran botella de aguardiente.) Bastará saludar á la concurrencia cuando se entre ó cuando se salga.

6.º Podrán ser admitidas en estas reuniones todas las personas de distincion, tales como los nobles, los oficiales superiores, los comerciantes matriculados, los artistas de mérito, especialmente los carpinteros, y los empleados de la cancelleria. Serán igualmente admitidas sus mujeres.

7.º Se destinará un local apropiado para los criados (exceptuándose los de casa), á fin de que el salon esté más desembarazado.

8.º Se prohíbe absolutamente á las mujeres embriagarse, y los hombres no podrán hacerlo hasta que hayan dado las nueve.

9.º Cuando las damas jueguen á juegos de prendas, acertijos ú otros de esta especie, se evitará todo lo que pueda ofender la decencia. No se las podrá obligar á dejarse besar si lo rehusan, y si alguno se tomare á libertad de darles golpes, se le excluirá de la sociedad.

La fragata de guerra norteamericana «Marion», que estuvo en Barcelona el último verano, y vino á Europa para ostentar en sus topes las insignias del jefe de la escuadra americana, regresará en breve á su país por haber cumplido, ya el tiempo reglamentario de servicio fuera de